

El valenciano Miguel Hernández, guerra y tuberculosis

Ricart García Moya

"Las matemáticas tienen tanta poesía como la polla de un torero" (Reflexión del poeta Miguel Hernández al capitán republicano Fernando Fernández Revuelta en la cárcel de Ocaña)

Suena raro el gentilicio de valenciano aplicado a Miguel Hernández, ya que la industria del expansionismo catalanista —que controla y parasita el antiguo reino de Valencia—, prefiere llamarlo 'levantino' o 'mediterráneo', aparte de ensalzar a mediocres colaboracionistas como Andrés Estellés, que prefería el catalán sobre el valenciano y español. Pero vayamos a la higuera, ¡la higuera de Miguel Hernández!

La muerte a los 22 años de Ramón Sijé en la Nochebuena de 1935, mejor amigo y compañero de Bachillerato de Miguel, inspiró los famosos versos de la elegía: "Volverás a mi huerto y a mi higuera, por los altos andamios de las flores". Sigue allí, cerca de la habitación de Miguel y el pozo que en este 2024 de sequía, aún ofrece agua. La elegía de Miguel daría paso meses después a la poesía combativa del comisario de trincheras.

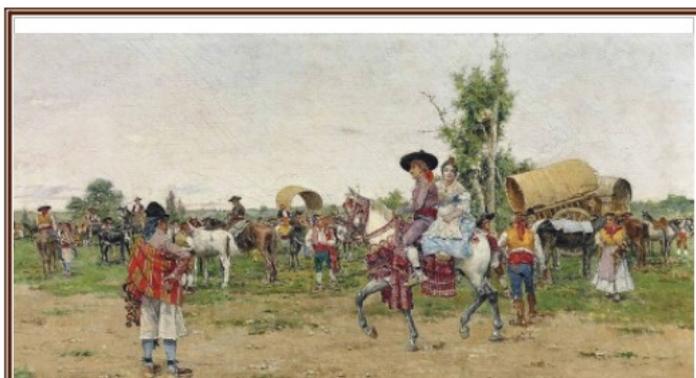
En 1975, tras la muerte de Franco, el cobarde hermano de Miguel remitió una oportunista carta a la SER con sobados tópicos sobre el encarcelamiento de Miguel, donde intercalaba alguna voz valenciana: "quitándose las puses los unos a los otros". Las pulgas, 'puses', era y es vocablo muy vivo: "tinc molt males puses" (Serrano: Voreta de l'Albufera, 1928, p.63). En la actualidad

todavía se escuchan palabras valencianas en el español de los nacidos, como mi consuegra, en la Vega Baja del Segura (por ejemplo: llanda, angrunsaera, baladre, bachoca...). Orihuela fue durante siglos la segunda ciudad del Reino de Valencia, donde el idioma nunca fue obstáculo para ser ciudadano de primera. En el Reino hubo zonas donde sólo se hablaba castellano o español, y no motivaba discriminación, lo que no sucede ahora con el actual fascismo catalán, con comisarios colaboracionistas de la Generalidad del PP que prohíben el valenciano y persiguen al español.

El poeta no era un patán analfabeto. Sólo tenía que recorrer pocos pasos de la puerta de su casa al magnífico colegio de Santo Domingo en Orihuela, donde inició el Bachillerato y adquirió de los jesuitas la amplia cultura que le



Al contemplar la centenara higuera del pequeño jardín de su casa, emociona pensar que en ella se apoyaba Miguel para leer los clásicos españoles, prestados por el canónigo Almarcha.



La feria valenciana, óleo del oriolano Joaquín Agrasot pintado en el año 1885. Todo era alegría, mientras en Cataluña se iniciaba el racismo nacionalista con Jaume Massó y la revista 'L'Avens'. Los catalanes eran arios; y los españoles, africanos. Miguel Hernández pasó de puntillas sobre esta lacra, que aún apesta en el 2024.

Domingo en Orihuela, donde inició el Bachillerato y adquirió de los jesuitas la amplia cultura que le

permitió alternar con intelectuales a su llegada a Madrid. A los 16 años ayudó al negocio familiar, aunque seguía estudiando literatura con la ayuda de los jesuitas y el canónigo Almarcha. A los 20 componía poemas con maestría, y en alguno de ellos señalaba su convicción de ser valenciano:

«Valencia, tu hermosura... / ¡Valencia...! ¡Orgullo mío!/ ¡Orgullo del que viera en tu suelo feraz la luz primera!/ Tierra donde la luz radiosa y brava.../ Región en la que todo sueña y ríe./ Hijo preclaro de tu tierra llana.../ Tierra de fiestas, de parranda y flores,/ de naranjos y albahacas.../ Madre de la ciudad alicantina: / la de la tersa mar esmeraldina.../ Madre de ese Alicante/ que unge el Mediterráneo palpitante.../ Para cantar, Valencia, tu hermosura,...' (M. Hernández Gilabert, Orihuela 1931)

El drama de Miguel duro poco, del 1936 a inicios del 1942. Si no se hubiera trasladado a Madrid (donde se negó Josefina a acompañarle), quizá no gozaríamos de su poesía bélica ¿Y si hubiera permanecido en Orihuela? Los oriolanos, ahora tan cercanos a Murcia por el desprecio del nazismo catalanista hacia ellos, estaban orgullosos del antiguo reino. Así, el pintor Joaquín Agrasot (Orihuela, 1836) era uno más de "los valencianos de alegría" de los versos de Miguel, que retrató en lienzos con igual sensibilidad que Pinazo o Benlliure.

Recién acabada la Guerra Civil, en 1940, llegó la fiesta de Fogueres con calles saturadas de soldados italianos, falangistas y demás tropas del victorioso ejército nacional. Curiosamente, el prohibido idioma valenciano aparecía con total normalidad en rótulos de monumentos y 'Llibrets de Fogueres'. En el del Barrio de San Fernando, con imagen de la 'Bellea' Carmen Cremades, titulaba su Hoguera "Anem a vore", y un tal Quilis Molins escribía "¡Quína alfábega!". Otra comisión saludaba "als forasters" y trataba sobre "tota clase de deports al aire lliure" (Llibret Foguera Santa Isabel, 1940). Hoy estarían censurados o catalanizados por la inquisición lingüística de la Generalidad del PP, encargada de destruir el valenciano: "estes festes d'Alacant... un refrá valenciá més antiu que les astores... com un chiquet... un pomell de carchofes" (Llibret Foguera Calvo Sotelo, 1940). Los comisarios de la AVLL no soportarían, por ejemplo, el lema "Lo que tenim y lo que volem" (Libret Foguera Alfonso el Sabio, 1940). La realidad, sea del valenciano o del Miguel Hernández Gilabert, no es la que oficialmente se oferta.

Mientras el jolgorio inundaba la ciudad, el encarcelado poeta Gilabert estaba en Ocaña y deseaba ir a Alicante. Sentía que su cuerpo se debilitaba por aquella bronquitis contraída en Palencia y tratada como tifus en Alicante. Yo tuve de compañera a una profesora de Historia, hija de alto funcionario de la prisión de Alicante en 1941. Tomando café entre clase y clase, sin intención adoctrinadora, me comentó (aparte de la poco divulgada infidelidad de Josefina Manresa, igual que



Este ninot de la Foguera Ciudad de Asís (año 1987) es paradigma del estereotipo, falso, del poeta-pastor. Milagrosamente, el adulto Miguel aparecía en tertulias madrileñas con Alberti o Vicente Aleixandre con la cabra a hombros y el zurrón repleto de poemas, donde exhibía un dominio de la lengua española digno de Góngora o Quevedo. En realidad tenía más estudios que Paco Umbral, Alberti, Rosa Chacel, Gloria Fuertes...

la de Miguel con Maruja Mallo, María Cegarra...), que las condiciones de la cárcel eran pésimas para presos y funcionarios, y que trataron de salvar a Miguel con los medios disponibles, que eran mínimos. El bacilo de Koch no se podía combatir en 1941. Los antibióticos eran desconocidos, y el tratamiento experimental con estreptomycinina no comenzaría hasta 1945. Dentro y fuera de las cárceles, mucha gente fallecía por tuberculosis y escasa alimentación, ya que sólo gozaron de privilegios los adictos al fascismo; p. ej., el falangista Joan Fuster y su padre, primer alcalde franquista de Sueca tras la rara muerte del anterior, republicano, en la prisión de Valencia.

El poeta ingresó en la enfermería a poco de llegar a Alicante, y su estado de extrema debilidad impidió trasladarlo al sanatorio de Porta Coeli, donde también fallecían los tísicos. A la cárcel de Benalúa acudió el mejor especialista en tuberculosis de Alicante, el doctor Antonio Barbero, que trató personalmente a Miguel. Este médico solicitó la pantalla de rayos X transportable que pertenecía al doctor Alfonso de Miguel, único radiólogo de Alicante. Por otro lado, desde hacía meses, Josefina había iniciado una relación con el fotógrafo y pintor Miguel Abad, de 25 años. La andaluza, de 22, venía de Cox y le visitaba en el estudio de Alicante todas las semanas, y el artista le entregaba 25 pesetas de las 80 que él ganaba semanalmente.

La vida del poeta ha sido analizada detalladamente, aunque el escoramiento de los exégetas obvia la dualidad de Gilabert, brutal incitador al asesinato del oponente político y sublime poeta que nos asombra por su genialidad. Cuando saboreo sus versos siento la misma admiración y placer que al escuchar armonías de Beethoven; pero es ridículo considerarlo 'Poeta de la libertad'. Sólo la deseaba para los suyos. No hay estrofas que inciten más a la eliminación del oponente político que las de Gilabert. Su labor en la Guerra Civil consistía en enardecer al combatiente para fomentar el odio irracional.

'no desfallezcan tus huesos,
castiga a quien te malhiere
mientras que te queden puños...
asesina al que asesina,
aborrece al que aborrece...
vive cara a cara y muere'

Gilabert incitaba al 'asesinato' sin previo juicio ni garantías de presunta inocencia, tal como se practicó, por ejemplo, con el paleógrafo valenciano Andrés Ivars de Benisa, que sólo había combatido contra enrevesados manuscritos medievales. Y el asesinato en la calle del padre de Josefina, apolítico guardia civil destinado en Elda, cometido por un grupo 'progresista' el 13 de agosto de 1936, fue calificado por Miguel de simple 'equivocación'. El poeta sería nombrado Comisario Comunista y, tras la estancia en la URSS, su radicalidad se acentuó, aunque el sentido del humor afloraba hasta en la carta enviada a Josefina desde Moscú el 8 de septiembre de 1937: «Aún no me he despertado y ya me está sonando el teléfono de mi habitación, y es que me llama la perobichi, la intérprete que se llama perobichi, para que me levante y me vaya a cualquier parte donde me espera fulanito de tal para hacerme una interviú o menganito para tocarme los cojones.»

Los milicianos cobardes o simples pacifistas merecían "un tiro en cada diente", y la instantánea ejecución era norma del Ejército Rojo desde la lucha contra los zaristas. El modelo de soldado que admiraba Gilabert era el de su comandante, el Campesino. Parecerá extraño, pero los comisarios comunistas gozaban en la retaguardia de todo el poder sobre los ciudadanos y eran felices, como confesaba en sus memorias María Teresa León, comisaria y compañera de Alberti en la cacería de sospechosos para las checas por las calles de Madrid: "¿Sois felices? ¿Sois felices?... Sí, era una maravilla de fraternidad, de comunicación (...) Días felices. ¿Felices los días de guerra?... los mejores de nuestra vida" (María Teresa León: Memoria de la melancolía, p.380).

'Un tiro por cada diente
vuestra existencia reclama,
cobardes de piel cobarde
y de corazón de caña'

La primera bofetada al comisario político Gilabert se la propinó la esposa de Alberti

A Miguel Hernández Gilabert, de la 11ª División, le irritaba regresar del frente —con fango de trincheras y recuerdo de milicianos muertos— y encontrar a los primorosos Rafael Alberti y María Teresa León acomodados en la retaguardia de la Alianza de Intelectuales Antifascistas. La pareja, disfrazados con el 'mono azul' de falsos obreros o combatientes, a salvo de ráfagas de ametralladora, gozaba de fiestas mientras el pueblo pasaba hambre y caía combatiendo.

Fue el detonante del famoso incidente con la pareja del 'mono azul'. Encolerizado por tanto héroe de opereta, Miguel Hernández se presentó en el local de la Alianza cuando la novia de Alberti celebraba una fiesta-banquete de 'Intelectuales para la Defensa de la Cultura'. Sin poder reprimir la ira, Miguel se encaró con Alberti y le espetó el famoso reproche: «Aquí hay mucha puta y mucho hijo de puta». El gaditano le desafió a que lo dijera en voz alta, y el encolerizado Miguel escribió la insultante frase con grandes letras en una pizarra. Fue entonces cuando la organizadora del evento, María Teresa León, propinó la bofetada al oriolano, la primera de las que sufriría en los apenas cuatro años que le quedaban de vida. La venganza de los arcangélicos María Teresa y Alberti se materializó con los franquistas a punto de entrar en la capital. En cómodo vehículo huyeron de Madrid a Valencia, sin avisar al camarada Miguel, que quedó abandonado y tuvo que ir a pie a Cox. No quisieron incluirlo como refugiado en la lista que entregaron en la embajada chilena, algo que le habría permitido huir en barco desde Valencia, como hizo la pareja del 'mono azul'.

Tampoco fue modelo de coherencia ética el poeta. Antes del incidente, recién asesinado 'por equivocación' el suegro de Miguel en Elda, estaba eufórico con la perspectiva de alcanzar el generalato. Así de exultante lo comunicaba a Josefina en carta del 26 de noviembre de 1936:

«no hay peligro para mí, y menos ahora. Soy el comisario-político. He tenido que suspender la escritura de esta carta, Josefina querida, porque me he tenido que ocupar de muchas cosas que me mandan, y a los dos días vuelvo a reanudarla y resulta que me han nombrado ahora comisario de guerra. A lo mejor, cuando recibas ésta, soy general o poco menos»

**'La saliva será vuestra mortaja,
vuestro final la bota vengativa'**

Como comisario militar, asistió al inhumano asedio del Santuario de la Virgen de la Cabeza en Andújar. En las densas crónicas que redactaba, con asombrosa prosa poética, mentía sobre los heroicos defensores civiles y militares para justificar la masacre. A lo largo de la contienda, los versos de Miguel estallaban de odio e incitaban a matar al contrario, aplastarlo con la bota vengativa.

Los hagiógrafos de Miguel Hernández, maquilladores de lo que pueda afean su biografía, pasan de puntillas sobre aspectos del poeta-pastor, como soslayar el desprecio inmenso al homosexual. Esta evidente fobia motivaría la "alergia" de García Lorca hacia el de Orihuela, según advirtió María Zambrano; y Vicente Aleixandre recuerda que repudió la presencia de Miguel el día que García Lorca iba a presentar y leer *La casa de Bernarda Alba*. Para Miguel era el mayor

Al Gil, gili, gilipo, gilipolla,
campana sin metal y sin badajo,
mando un millón de veces al carajo,
pues tanto pus episcopal apoya.

Su estupidez de carne de cebolla,
su ensotanada hiel, su alma de ajo
y su cara de culo y de gargajo
han de ser más quemados que fue Troya.

Vete, mariconazo: se te ha visto
bajo los pantalones el roquete
y bajo la mirada el ano hambriento.

Algún día estarás, me cago en Cristo,
dentro del purgatorio de un retrete
enunciando la mierda con tu aliento.

insulto ser de esa condición, y lo aplicaba "a Mussolini, a Hitler, los dos mariconazos". Al político Gil Robles, además de llamarle 'mariconazo', manifestaba el deseo de que fuera 'quemado'. Estos versos que recitaba a los milicianos propiciaron hechos como el que me contó un anciano que, tras visitar con su hija el hospital de Toledo, intentaba regresar al pueblo haciendo autoestop en la calle. Los recogí, y al llegar a pocos km del Toboso, recordaba: "Aquí los quemaron, y aún estaban vivos". Se refería a unos prisioneros llevados a 'paseo' por los republicanos en aquel paraje de la Mancha.

El poeta conocía los crímenes y torturas que diariamente se cometían en zona republicana, especialmente entre Valencia y Orihuela. No hay divulgación de estos inhumanos actos en documentales de la 2 o en películas de Almodóvar, Ana Belén, Bardem y similares. Matar lentamente con agujas saqueras, sacar ojos y practicar la caza de civiles era actividades 'progresistas' que las autoridades republicanas nunca sancionaron ¿Es extraño el vengativo trato, en algunos casos, practicado con prisioneros en la cárcel de Benalúa? No nos sorprende conociendo la naturaleza humana. El poeta había incitado a los suyos a la venganza y nunca criticó los actos de barbarie de los autollamados 'progresistas'.

Se insiste en la negativa del poeta, cuando estaba en la cárcel, a colaborar en publicaciones literarias que, en 1940, era imposible que no estuvieran controladas por el Régimen. La debilidad del poeta valenciano, por la escasa alimentación y la latente enfermedad, le provocaban momentos de enajenación, como apuntaba su compañero de prisión Fernando Fernández Revuelta, capitán republicano: «Me pregunto incluso si en Ocaña no estaba ya un poco trastornado». Sorprende que el poeta rebelde no tiene inconveniente en escribir "¡Viva Franco!" en una de las cuatro cartas que envía a José M^a de Cossío. En el remite, de su puño y letra, escribió: "¡Arriba España, Viva Franco!". Por cierto, ¿no hay versos de Miguel contra Franco?



Los padres del poeta no eran pobres y nunca se pasó hambre en la familia, aunque hubo un tiempo en que el negocio ganadero necesitó al adolescente, que seguía con sus estudios con libros del canónigo Almarcha. El padre de Miguel fue nombrado 'alcalde de barrio'.

El trato a Miguel Hernández Gilabert fue exquisito, si lo comparamos al del otro Gilabert

La madre de Miguel tenía apellidos valencianos, Concepción **Gilabert Giner**, y tenemos a otro **Gilabert** (Benitachell, 1895), que puede servirnos de ejemplo comparativo del trato al oponente ideológico por parte de republicanos. El joven Plácido García Gilabert había estudiado Derecho en Roma con la calificación de *Summa cum laude*. Al estallar la Guerra cometió el mismo error que Miguel Hernández, volver a su lugar de origen, donde los 'progresistas' lo detuvieron el 15 de agosto de 1936. Totalmente apolítico, sólo por ser franciscano, sin ser pederasta (supongo) y sin haber compuesto poemas que incitaran a la violencia, sirvió de entretenimiento a sádicos milicianos, que acabaron practicando el tiro al moribundo en la carretera de Denia a Jávea. La autopsia describe que tenía "heridas de arma de fuego en la espalda y un ojo vacío". Con la frialdad de la prosa forense comprobamos que el trato a los prisioneros de la República no era el posteriormente efectuado con Miguel Hernández: "Gilabert estaba mutilado: le faltaban los órganos sexuales y una oreja; y además presentaba señales punzantes en nalgas y otras partes, como producidas por una aguja saquera". Hoy, olvidado, está enterrado en la iglesia de Benitachell. Estos comportamientos suelen silenciarse por los

actuales 'progresistas' y, que sepamos, a nadie le cortaron huevos o sacaron ojos en la cárcel

alicantina de Benalúa, como hicieron con aquel apolítico ciudadano de 41 años. El corte de orejas aún lo practica la policía de Putin, sucesora de la de Stalin, como se hizo este 23 de marzo con uno de los terroristas en Moscú.

El maniqueísmo que rige el estudio de la figura de Miguel Hernández en la Enseñanza es penoso. El educador 'progresista' maquilla la vida y personalidad del poeta y su contexto social para reducir la sociedad coetánea de Miguel en buenos y cultos republicanos, frente a retrógrados e incultos nacionales. La realidad de los que rodearon a Miguel era compleja, comenzando con el retrato que de ella misma ofrecía Josefina Manresa, la que nunca participó de sus ideales en vida de éste, y la que nunca olvidó el origen:

"de Jaén, andaluza, me consideré siempre, durante toda mi vida. Mi padre era guardia civil y allí estaba destinado cuando vine a este mundo..." (Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández).

La enfermedad de Miguel y las condiciones sanitarias de las cárceles en 1941 eran infernales, como lo había sido durante la contienda la crueldad de unos y otros, pero la admiración y amistad de intelectuales franquistas hacia Miguel propició que se conmutara la pena de muerte y, de no padecer tuberculosis, el poeta habría salido de prisión a los pocos años. Se ha insistido en que se opusieron a trasladar al moribundo Miguel al sanatorio de Porta Coeli. Es falso. La solicitud se tramitó, aunque la informática no existía en 1941 y la burocracia en aquellos años de confusión era lenta, con los alemanes en la frontera pirenaica y los maquis danzando por todas partes. No era prioritaria la solicitud para el inexperto funcionario militar, y la orden que autorizaba el traslado a Porta Coeli llegó tarde, dos días antes de su muerte.

Miguel no estaba en condiciones físicas y mentales para defenderse judicialmente. Ya en la terrorífica prisión de Ocaña, antes de ir a la de Benalúa, tenemos el testimonio de Fernando Fernández Revuelta, capitán del ejército republicano y corresponsal de guerra de El Socialista, que recordaba: "Cuando me lo encontré en Ocaña no parecía el mismo... parecía con 30 años más encima". Las penalidades afectaron a Miguel, según observó el compañero de prisión:

«Me pregunto incluso si en Ocaña no estaba ya un poco trastornado. Recuerdo que empezó a estudiar Matemáticas con José Armero Pla, que había sido catedrático de ingenieros en Valencia. En un raptó de entusiasmo, muy característico de él, le oí decir: "Las matemáticas tienen tanta poesía como la polla de un torero". No me pareció que estaba en su sano juicio Miguel"

La creciente debilidad por su estado de salud le impedía cualquier acción de defensa jurídica o médica. Y aquí, los franquistas que le admiraban, entraron en su ayuda. Uno fue el falangista Rafael Sánchez Matas — miembro fundador de Falange Española e inventor de la frase '¡Arriba España!'—, que convenció a Franco para que no fusilara al poeta. Otro franquista ilustrado, José M^a de Cossío, cuando estaba en Ocaña le buscó un abogado defensor, y nunca dejó de visitarlo e incluso le llevaba comida. Otro miembro fundador de la Falange, Dionisio Ridruejo, le visitó en la cárcel para ofrecerle que colaborara en la revista 'Escorial de Cultura y Letras', y el abogado defensor que debía asesorar a Miguel era Diego Romero, también falangista. Otro de los que le



visitaron fue Eduardo Llonset, cuya mujer era muy amiga y correligionaria de Jose Antonio y Pilar Primo de Rivera, aparte de ser Delegada Nacional del SEU y miembro de la Junta Política de Falange. En plena posguerra, José María de Cossío editó quince sonetos de Miguel Hernández, *El silbo vulnerado*, en 1949. El franquismo ilustrado adoraba a Miguel, y no lo ocultaba. En la revista literaria 'Laye' de marzo de 1952, en la etapa más dura del franquismo, se publicaba un largo ensayo sobre el poeta valenciano, sin ninguna censura pese a sutiles comentarios:

"Miguel Hernández nos parece, a veces, un chiquillo que ha sido tratado a palos, lejos y huérfano de todo cariño, de todo hogar" (Laye, marzo 1952)

La revista Laye pertenecía a la Educación Nacional del Régimen, y no hay duda de que el autor aludía a los años de cautiverio de Miguel. El análisis de Badosa mostraba una admiración sin límites a quien había versificado contra ellos, los fascistas, a los que desea aplastar con la bota vengativa. El franquismo ilustrado de la posguerra deseaba olvidar el odio entre intelectuales. La ideología de Miguel era secundaria ante el valor de sus poemas:

«Miguel Hernández es un humanísimo poeta que, tal vez sin proponérselo, llega a sugerirnos la más noble trascendencia que integra el espíritu consciente: el sentimiento del amor, de la vida, de la muerte. Y el de Dios. Miguel Hernández se fue. Y si bien es posible que, como dice en su poema, *Algún día se pondrá el tiempo amarillo sobre mi fotografía*, lo que es segurísimo es que el tiempo nunca se pondrá amarillo sobre su memoria ni sobre su obra creadora, encima de la cual no permitiremos que se pose el polvo de los humanos descuidos» (Enrique Badosa: Laye, Barcelona, marzo 1952)

En los albores de la primavera se fue el poeta a las 5:32 de la madrugada del 28 de marzo de 1942. Su muerte la ocasionó el bacilo de Koch y murió en la cama, pese a los desvelos del mejor especialista en tuberculosis de Alicante, el doctor Antonio Barbero, y el radiólogo Alfonso de Miguel, único en la provincia y que hizo transportar la también única pantalla de rayos X que se disponía en la ciudad, privilegios que no gozaron los numerosos tísicos de la prisión ni los del exterior, al ser la enfermedad más extendida y mortal en la posguerra. No fue el mismo el trato de los republicanos con los presos ideológicos nacionales. A doscientos metros de Benalúa aún estaba viva la muerte de otro encarcelado político que, en contraste con Miguel, no había empuñado un fusil. Antes de iniciarse la Guerra Civil fue detenido José Antonio Primo de Rivera en su domicilio, el 14 de marzo de 1936. Sin más causa que la ideológica, en la madrugada del 6 de junio de 1936 era asesinado en la cárcel de Alicante.

Cuando la tesis vence a Miguel Hernández, hay detalles que no se valoran respecto a la admiración que mostraron hacia Miguel los directivos de la prisión de Benalúa, y que confirma lo que me comentó la hija de uno de estos funcionarios (y que digo el nombre, Inmaculada Guarinos).



Miguel tiene la lápida siempre con flores; pero la vil Memoria Histórica no perdona y revive el odio de la Guerra Civil. En el lugar donde estaba enterrado Jose Antonio, a pocos metros del poeta, no hay una mísera lápida que recuerde el asesinato del pensador, pues fueron los progresistas quienes cometieron el crimen, no el bacilo de Koch.

En la deferencia de los carceleros hacia Miguel también influiría la prudencia de no dañar a quien tenía protección de altos cargos de Falange, y hasta del mismo Franco, que le conmutó la pena capital. Después de muerto, los militares ordenaron que se guardara respeto al comisario comunista. El propio director permitió que los presos compañeros de Miguel desfilaran para dar el último adiós al camarada.

Chopin acompañó en su despedida al poeta valenciano

El músico polaco de 1,70 de altura, pesaba 45 kg cuando falleció, y lo hizo antes de los 40 años, como Miguel Hernández. La tuberculosis afectó al pianista (muerto en 1849) de igual modo que a Miguel, y la descripción de su estado y aspecto era análogos. De Miguel se conservan sus restos en el cementerio. De Chopin, además del cuerpo en París y el corazón conservado en coñac en un frasco de vidrio en la iglesia de la Santa Cruz en Varsovia, tenemos su música, de la que el melómano militar franquista que gobernaba la cárcel de Benalúa escogió la más solemne y adecuada en honor a Miguel Hernández. Al salir el féretro de la enfermería hacia el patio de la prisión, comenzó a escucharse una bellísima melodía solemne que iba adquiriendo grandiosa gravedad. La banda de música de la institución, puesta en formación, interpretaba la impresionante Marcha Fúnebre de Chopin, considerada obra cumbre del romanticismo poético. Nunca se ha valorado este gesto de máximo respeto a un poeta que dedicó su genio a aplastar a los nacionales, los mismos que le rendían admiración públicamente. La sensibilidad de los militares franquistas de la prisión para escoger esta increíble pieza de Chopin confirma que admiraban al poeta de Orihuela.

Miguel Hernández Gilabert fue acompañado al cementerio por Josefina y otras cuatro personas, entre las que figuraba el entrañable protector de Miguel y Josefina, aquel fotógrafo que semanalmente le daba el tercio de sus ganancias. Se trataba del pintor alcoyano Abad Miró, sobrino de Gabriel Miró, que sería arquitecto ilustre.

N.B. En mi visita al cementerio de Alicante he visto el panteón de 'Blayet', cercano al del poeta. No podía adivinar el de Orihuela que, en 2024, la bota del expansionismo catalán aplastaría a los "alegres valencianos". Buscan la ampliación de Cataluña hasta Orihuela mediante la eliminación del valenciano (y el español), y la implantación del catalán. En ocasiones son pequeñas las diferencias, al ser lenguas hermanas, pero existen.



Así, del latín eclesiástico *Blasius* surgió el cast. *Blas*, *cat.* *Blai* y val. *Blay* y el hipocorístico *Blayet* del panteón, quizá un adolescente. Actualmente prohibido por la vil AVL, aunque es morfología nuestra: “Joan Blay per VIII sous” (Manual de Consells de Gandía, c,1490); “fill de Blay” (Archiu M. de Culla, doc. 10 / 3, 669, 18 maig 1715); “Blay, Blaya: Blas, Blasa, nombres propios” (Escrig: Dicc. 1851); “entre Blay y sa filla” (Epila, P.: Bous de poble, 1914, p.145); “del barrio de San Blay de Alacant” (El Tío Cuc, nº53, Alacant, 1924, p.3); “per Blayeta la Salá” (Liern: El que fuig de Deu, 1878, p. 3); “la seua Blaya” (Agulló: Lluberna, 1914, p.10); “Blaya. Estic reventá” (Torre: La llangosta, 1928, p. 8); “Blaya, en lo corralet tinc unes...” (Meliá: Encara queda sol, 1931, p.49); “Blay, Blayet y Roseta!” (Tadeo, F.: ¡El chic soldat!, 1919, p.3); “Blayet el sego, per la porta...” (J. G., Josep Mª: Fallo a blanques, 1924, p.8)... El valenciano *Blayet* esta vetado por el fascismo catalanista ¿Qué diría Miguel de esta basura parásita que sólo pretende el beneficio propio, aunque España se parta en pedazos y se declare otra Guerra Civil? Creo que exclamaría: «Aquí hay mucha puta y mucho hijo de puta».